

El cuento

EL BISTURI DE LA BELLEZA

Escribe: JAIME IBÁÑEZ

Cuando el doctor Parecti terminó de practicar la última costura en el rostro de su paciente, le pidió que no se mirase al espejo sino cuando le quitara los vendajes. En realidad no confiaba mucho en la intervención, pero también estaba seguro de que lo que él no pudiera hacer no podría lograrlo otro. De manera que restaba esperar. El accidente sucedió al salir de aquella fiesta y por error había tomado vía contraria. El parabrisas le había destrozado el rostro.

—De todas maneras quedaré presentable, dijo el paciente a Parecti.

—Yo tengo esa confianza. Los injertos cicatrizarán en cinco o seis semanas.

Parecti había llegado al país cinco años atrás. Era médico especializado en cirugía plástica, reputado como una autoridad. No había querido casarse en Italia, famosa universalmente por la belleza de sus mujeres y por la facilidad que ellas aportan a la vida conyugal. Tampoco lo había hecho en Portugal por no encontrar una muchacha de su complacencia. Ocurría que su profesión no le permitía dedicarle tiempo a la vida social y además tenía ideas muy claras sobre las condiciones que debía reunir una mujer para ser compañera de un hombre de su capacidad, sus ideales y su trabajo. Su vida había transcurrido apaciblemente, siempre entregado a sus estudios, no era un buen conversador, no sabía jugar los aburridores pasatiempos de salón, bailaba poco y bebía menos.

Solo tenía un amigo cercano. Eugenio, el arquitecto, de su misma edad y a quien le unía el aprecio por la belleza —cada uno en su campo— pero como bien es sabido, la belleza es un concepto universal que obra tan intensamente en la construcción de un edificio, como en el rostro de un ser humano.

Parecti acostumbraba dar largas caminatas porque su familia era campesina, de los Apeninos, y tanto en su niñez como en su adolescencia, efectuó excursiones por las montañas y se había hecho a esta manera de contemplar los paisajes bañados por la luz, las corrientes que escurrían

cantarinas, plenas de musicales murmullos y destellantes brillos embriagadores. Por lo tanto, era fácil, verlo solitario recorrer las colinas en las mañanas ágiles y esquivas.

En una de esas mañanas, cuando estaba preparando café cerca a una cascada oyó un grito de mujer cerca al rocoso desfiladero por donde se despeñaban las aguas. Subió con facilidad y encontró a la muchacha que estaba asida de un arbusto y a punto de caer. Experto como era en esos trajines, la levantó de allí, la llevó a un sitio apropiado, y le limpió la sangre de las manos y la cabeza aplicándole unos vendajes. Pudo entonces contemplar toda la hermosura de aquel rostro y adivinar la belleza de su cuerpo acariciado por la luz meridional que reposaba sobre la piel y destellaba en los húmedos ojos color topacio.

—Es usted muy bonita... —le dijo sin pensar; y luego tras un silencio, agregó: —Soy médico y puedo atenderla, si me lo permite! Pero... ¿Qué fue lo que sucedió?

Entre los arbustos revolotearon gorjeando unos gorriones.

—Vine con unas amigas a recoger musgo para el pesebre, pero nos dispersamos y yo resbalé. No sé donde estarán ahora mis compañeras. Voy a buscarlas.

—Si desea, puedo acompañarla. Conozco bien estos montes.

Los colores verdes y ocres de la montaña se doraban espléndidamente cuando se despidieron tras haber encontrado a las compañeras de Alcira y haber concertado una cita para revisar las heridas.

Mientras el médico descendía las colinas advirtió que algo profundo se había realizado en su espíritu. Contemplaba a lo ancho de la sabana la ciudad multicolor extendida como una pintura y, allá a lo lejos, en los bordes ornamentados de violeta y oro de la planicie la mancha sangrante del crepúsculo. Recordaba el fervor fecundo de los ojos de Alcira y su piel como un tangible cielo de serenos y ávidos deslumbramientos. Cuando llegó a su consultorio, se miró al espejo y advirtió que en su cara algo había cambiado. Recordó también que los pies de la muchacha tenían un ritmo firme al sostenerse paso a paso en la tierra y que sus palabras parecían un sonoro fluido, un aroma auditivo que quizá había escuchado en algún lugar de su infancia, en su vida anterior, en algún ser amado sin advertirlo.

Al siguiente día esperó conteniendo su exasperante nerviosismo. Cancelló las citas en su calendario, con la esperanza de que Alcira pudiera llegar. Pero ella no llegó. Fumó reclinado en la cama hasta altas horas de la noche. Al siguiente día se repitió con mayor intensidad este proceso. Las campanillas del teléfono le penetraban los poros. Cuando la enfermera le preguntó si deseaba salir a almorzar, él se negó.

—Ayer tampoco comió nada... ¿Se siente mal, doctor?...

—Un poco nervioso nada más. Usted puede salir.

Sentía que su ser respondía solo a aquella entonación feraz y a aquel ritmo melodioso y firme de Alcira. A aquella solidez de luminosa esperanza que emanaba sus ojos. Y su intimidad se transformaba en tal forma, que no deseó ver ni a su amigo Eugenio, el arquitecto. A eso de las cuatro de la tarde tomó un sedante. A eso de las cinco estando en su escritorio con la frente sostenida en una mano, oyó que la puerta se abría, pero no levantó la cabeza.

—Le he dicho, señorita que no recibo a nadie.

Entonces, le sorprendió la voz de Eugenio:

—Me dijeron que estabas indispuesto... Pero... levántate hombre!...

El médico se puso en pie de un salto y sus ojos no acertaban a comprender. Inicialmente creyó que todo se debía a su estado de exaltación. Pero allí estaban enmarcados como fuera de la verdad, y sin embargo, hechos de toda realidad, Eugenio y Alcira. Su amigo se acercó.

—Tienes fiebre —dijo tocándole la frente.

Parecía solo miraba a Alcira. Sí, allí estaba ella, semejante a una obra solemne de la naturaleza, con toda la armonía que puede existir en las cosas creadas por el amor. A su espalda, Eugenio le tomaba por los hombros para hacerlo reposar y frente a él, Alcira avanzaba con su manera de afirmar los pies sobre el mundo.

—De acuerdo con lo ofrecido, he venido a que revise mis heridas.

El médico volvió en sí y le extendió la mano.

—Cuánto me alegro de que haya venido. Y volviéndose a Eugenio: —Y tú, mi querido amigo.

Mientras examinaba las heridas, supo que Alcira era la prometida de Eugenio y pensaban casarse inmediatamente el arquitecto regresara de Sao Paulo a donde iría a especializarse en arquitectura tropical.

—Será cosas de seis meses, dijo Eugenio acariciando la mano de Alcira.

El médico advirtió que aquella mano obedecía a su propia voluntad y que estaba impregnada de sus mismas sensaciones. Los ojos se encontraron. Vio como ella sonreía plenamente, amplia de la felicidad serena de vivir y advirtió cómo todas las cosas eran para Alcira un móvil de alegría.

Parecía no acertaba a decir palabra. Solo esforzándose:

—Creo que no tendrá que molestarse en regresar.

Ella rió con un poco de cinismo.

—¿De manera que no volveré a verlo?... Eugenio... invítalo a comer. Iremos los tres.

Nuevos días pasaron pero la influencia de Alcira en la intimidad del médico no cesaba de tomar por su cuenta acto tras acto. El aspecto de las

montañas cambió para él. El cuidado de los pacientes, se transformó para su maestro bisturí. Todas las cosas adquirieron dimensiones y ritmos diferentes. Pero también algo se transformaba en su conciencia tomando impulsos desconocidos.

La víspera del viaje de Eugenio, el teléfono del consultorio de Parecti, repicó varias veces. Una especie de melancolía se había apoderado del médico, una melancolía solo advertida en su adolescencia cuando subía muy alto a las montañas o estaba solo a orillas del mar y su vista se expandía infinita sin encontrar apoyo a pesar de la incalculable belleza.

—Soy yo —dijo Alcira— en el audífono. Te he llamado porque me gustaría que acompañáramos esta noche a Eugenio. Invitémosle a comer... ¿Qué te parece?...

Parecti tomó varias copas de vino, mientras Eugenio bailaba con Alcira. No cesaba de contemplarla mientras el rojo licor llegaba a sus entrañas junto con esa extraña sensación excesiva y conmovedora.

—He descubierto algo —dijo la muchacha al regresar a la mesa— Ustedes dos tienen un parecido indefinible.

Brindaron por última vez, mientras Eugenio explicaba que no tenía término exacto para su regreso, y en la mente del médico, tomaban forma ideas que no se atrevía a aceptar.

Sin acertar con exactitud lo que hacía, el médico dijo:

—También yo tengo un viaje en proyecto, pero no será más que por uno o dos meses.

Al despedirse Parecti sintió que sus ideas eran más firmes y las encontró realizables mirando detenidamente a Eugenio.

Esa misma noche buscó en sus archivos, lo que necesitaba. Era simplemente un retrato de Eugenio. Se detuvo a estudiarlo y luego se comparó con él frente al espejo. A la mañana siguiente, le explicó a la enfermera que no tendría que volver a su trabajo en algún tiempo y le pidió que cancelara todos los compromisos, hasta nuevo aviso. Ella también podría tomar vacaciones. Entonces, inició el desarrollo de su plan. Frente al espejo y a la vista del retrato de Eugenio, trazó sobre su rostro algunas líneas como lo hiciera un pintor. Preparó lo necesario para una operación plástica de importancia. Algunas horas después, su cabeza estaba oculta tras un vendaje que solo le dejaba visibles los ojos y los labios.

Semanas después le sorprendieron los resultados finales. En el espejo pudo ver el rostro de Eugenio, su amigo, y solo él sabía que en realidad era Parecti el campesino de los montes Apeninos. Mientras la transformación se logró, dedicó las horas al estudio de la arquitectura y de la entonación de la voz basándose en el recuerdo, de la de Eugenio. Luego, una vez que los vendajes fueron desprendidos en su totalidad dio largos paseos por los campos para que su piel se tostara disimulando las cicatrices y adquiriera un tono como si hubiera permanecido en la playa.

La puerta de la casa de Alcira se abrió y en su luz brillaron los ojos plenos de asombro y de infinita belleza de la muchacha.

—Pero... pero... Eugenio!... Eres tú?...!

—¿Qué piensas amor mío?...

—No te esperaba... Entra mi bien... —Y besándolo le condujo al recibio. El explicó:

—El curso terminó inesperadamente. Se hizo más intensivo y aproveché para venir a casarme contigo.

—Oh!... Eugenio!... No tengo nada listo!...

—Tú bien sabes que nuestra vida comúnmente estaba lista desde el día en que te conocí. He hablado ya con el párroco. Lo hice antes de verte.

—Tú lo haces todo bien, pero... podrías darme unos días?...

—Sí... tenemos hasta el sábado. Voy a arreglar otras cosas. Quiero darte la sorpresa final.

La luna de miel fue plena de felicidad. Para el médico transformado facialmente en Eugenio, la vida estaba en el punto más alto de exaltación. Una mañana fue al consultorio y calculando que la enfermera podía regresar a reanudar su trabajo, le escribió una nota diciéndole que podía regresar a reanudar su trabajo, le escribió una nota diciéndole que podía prolongar sus vacaciones y esperar su aviso. Sin embargo, una inquietud lo trastornaba cada mañana al afeitarse frente al espejo. No atendía consultas ni respondía al teléfono a pesar de permanecer largas horas en el consultorio.

Habían pasado algunos meses, cuando una tarde la puerta se abrió en el consultorio. Cuando volvió a mirar hacia ella creyó que estaba ante un espejo. Allí estaba Eugenio. El verdadero Eugenio, mirándolo friamente sin asombro ni reproche. El ambiente era de un quieto silencio sepulcral. El médico se deslizó lentamente hacia el laboratorio dejando a Eugenio en medio de aquella atmósfera tensa como un arco pronto a dispararse. Mezcló en un vaso algunas sustancias químicas y volvió donde su amigo le esperaba. Todo estaba previsto y calculado. El silencio fue roto por el arquitecto:

—Me he enterado de todo lo que has hecho. Alcira no sabe que he regresado. Mi equipaje está en el aeropuerto.

—Parecía le miró con una extraña dulzura resignada y fatal. Se sentó al escritorio con el vaso de veneno entre las manos. Y con la propia voz de Eugenio, dijo:

—Perdóname... He sido feliz!... Ya puedo morir!...